

# La gracia, el don divino de la Pascua que la Iglesia distribuye a los hombres

Quinto domingo de Pascua  
13 de mayo de 1979

Hechos 9, 26-31  
1 Juan 3, 18-24  
Juan 15, 1-8

Queridos hermanos:

Yo siempre creo que lo mejor de un viaje es el retorno al hogar<sup>1</sup>. Se aprende mucho, se viven experiencias nuevas, se enriquece la vida; pero, sobre todo, cuando uno va como peregrino y como pastor, todo ese enriquecimiento, todas esas experiencias las asimila en función de la casa que se le ha confiado. Trayendo, pues, a ustedes de Roma emociones nuevas, impresiones nuevas, mi retorno a ustedes es lo más grande de mi viaje y les agradezco que en esta iglesia de El Rosario, convertida en un hogar donde estamos como en familia, me hayan dado una acogida tan calurosa que para mí es un nuevo motivo de estímulo para seguir conviviendo y compartiendo las alegrías y las tristezas, las preocupaciones, las tragedias, las angustias y las esperanzas de este pueblo que, juntos, vamos peregrinando.

<sup>1</sup> Monseñor Romero partió hacia Roma el 27 de abril y regresó a El Salvador el 12 de mayo de 1979; por esa razón, no predicó en la catedral de San Salvador los domingos 29 de abril y 6 de mayo de 1979. *Cfr. Monseñor Óscar Amulfo Romero, su diario*, San Salvador, 2000, pp. 151-170.

Como ya les dije al principio, el motivo principal de mi viaje a Roma fue atender una amable invitación de las hermanas dominicas de la Anunciata, cuyo fundador, el padre Francisco Coll Guitart, iba a ser beatificado hace quince días, el domingo 29 de abril. Eran dos los nuevos hombres elevados al honor de los altares: junto con el padre Coll, estaba otro misionero francés, el padre Santiago Desiré Laval.

Y la basílica vaticana, la más grande del mundo, era incapaz de abarcar aquella muchedumbre, que tuvo que quedarse gran parte afuera y que aplaudía enardecida en el momento en que después de cantar, como lo hemos hecho hoy, “¡Señor, ten piedad!”, los postuladores de las causas de beatificación le piden al Papa la gracia de proclamar, con su magisterio supremo de la Iglesia, que estos dos hombres merecen el honor de los altares y ser propuestos como modelos de virtud al pueblo cristiano de todo el universo. En respuesta, el Papa pronuncia las palabras que decretan la beatificación. Es un paso ya próximo a la canonización, cuando un hombre es además autorizado para recibir el culto de la Iglesia universal. El padre Coll queda, pues, ya en ese proceso, cercano a la canonización. Esperamos ha de llegar muy pronto. Y cuando el Papa lee ese decreto, se descorre la cortina que cubría las imágenes de los dos nuevos beatos en la gloria de Bernini, que es como el fondo de la basílica. Una inmensa imagen de siete metros —en la proporción de la basílica parece tan natural— queda descubierta y se ilumina ante la alegría de todos que, siguiendo la invitación del Papa, cantaban: “Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor”. Y prosigue la misa, ya frente a dos santos nuevos que la humanidad ha podido ofrecer al Señor.

Lc 2, 14

A pesar de todo lo hermoso de esto y de las ceremonias que luego se sucedieron, yo quiero aquí compartir con los padres dominicos también la alegría que traigo de haber estado en la casa generalicia, de haber estado en la iglesia principal de los dominicos, Santa María de la Minerva, donde se tuvo una misa solemne en honor del nuevo beato; y después en la iglesia de los padres claretianos, ya que el padre Claret, fundador de los misioneros del Corazón de María, tuvo gran amistad con el nuevo beato. Y luego, pasando por España, siempre en la misma peregrinación, visité los lugares donde nació y donde ejerció su ministerio sacerdotal Francisco Coll.

Y creo que termina esta peregrinación ahora, aquí, con todos ustedes, mis queridos hermanos, presididos por la comunidad de los padres dominicos y de las hermanas dominicas de la Anunciata, que quieren así unirse en el fervor de esta iglesia dedicada a la Virgen del Rosario<sup>2</sup>, a su fundador, al honor que le tributan en todo el mundo, ya que es una congregación esparcida por muchos horizontes de nuestra geografía.

Estando allá, me llegaron las noticias de la triste situación de nuestra patria. Y es penoso sentirse señalado fuera del país, como viviendo en un país donde la violencia parece como la respiración cotidiana. Se ven, allá fuera, versiones que aquí adentro no las podemos ver. Se tienen impresiones más crueles de las que aquí mismo vemos. Pero, a veces, la insensibilidad de Europa frente a América hace sentir el corazón más dolorido y sentirse, uno de América Latina en Europa, como un misionero, como un despertador de la conciencia, de la fraternidad universal para pedir comprensión y amor para nuestras grandes problemáticas de América Latina.

Y en este sentido, también pude cumplir ese deber cuando me llamaron a una entrevista en *Radio Vaticana* y cuando tuve también oportunidad de platicar con el mismo Santo Padre y con otros colaboradores suyos en el gobierno central de la Iglesia. Y en todo lo que fue, pues, ese viaje de peregrinación, no solamente con mi fe, sino también con mi gran amor al país para traer nueva fortaleza, nueva iluminación. ¡Y cómo quisiera yo que, al regresar, queridos hermanos, pudiera darles a todos ustedes ese optimismo, esa alegría, esa esperanza, esos aires nuevos que nuestra fe cristiana produce donde quiera que se va implantando!

Y por eso, creo que el mensaje que vamos a sacar de la palabra de Dios puede prescindir de un viaje a Europa, de unas impresiones tan grandiosas como las que yo he vivido, porque tenemos siempre la fuente que alimenta aquella misma santidad y aquella misma grandeza del culto, de la liturgia, del Papa y de los obispos de todo el mundo. Aquí, en nuestro marco concreto de El Salvador, la palabra de Dios se hace nuestra y el mensaje de Dios, que todos los domingos y todos los días se proclama desde el altar de la Iglesia, tiene que ser alimento de vida.

<sup>2</sup> La catedral de San Salvador estaba ocupada por integrantes del Bloque Popular Revolucionario, desde el día 4 de mayo de 1979.

Me acuerdo cuando el Papa, describiendo la figura de los nuevos beatos, hablaba precisamente del tiempo pascual que hemos tratado de vivir desde la Cuaresma como preparación y, ahora, como ir recogiendo los valores que la redención de Cristo nos ha dejado al morir el Señor en la cruz, al resucitar y ofrecernos una nueva vida, alegría, esperanza. El mundo se ilumina a pesar de sus tragedias y de sus dolores con esta esperanza y esta fe de la palabra de Dios, de nuestro creer y esperar en el Cristo que vive y no morirá jamás y tiene el poder para salvar a todos los pueblos. Y el Papa decía: “Este mensaje de Pascua se hace más luminoso ahora, cuando podemos presentarlo encarnado en dos hombres de esta tierra y casi contemporáneos nuestros. Cristo sigue siendo el atractivo, desde su eternidad, para todos los hombres que quieren hacer el bien a sus hermanos”<sup>3</sup>.

Y empezó a iluminar la figura de los dos beatificados como grandes evangelizadores, como grandes catequistas, como hombres que, en ambientes políticos difíciles como los de nosotros, supieron ser superiores a toda desesperación; y aun, como el padre Coll, teniendo que sufrir las consecuencias de la persecución que cerró los conventos dominicanos, y tuvo que emigrar, llevar por el mundo —sin contar con la protección de un convento— su vocación dominicana, que lo hizo tan fecundo, hasta producir esa obra maravillosa de la congregación de las religiosas dominicas de la Anunciata, que prolongan en el mundo su espíritu.

Jn 15, 5

Por eso, volver, pues, a las páginas de la Biblia, abrir allí el mensaje que se nos ha leído hoy. En el domingo de hoy<sup>3</sup>, hay una frase que da el tema a nuestra reflexión. Dice Cristo en el Evangelio: “Yo soy la vid, vosotros sois los sarmientos”. De allí saco yo un título para nuestra homilía: *La gracia, el don divino de la Pascua que la Iglesia distribuye a los hombres*. Y quisiera preguntar qué es la gracia; y, en segundo lugar, qué relación hay entre la Iglesia y la gracia. Y al tratar de responder qué es la gracia —que es el primer pensamiento de nuestra reflexión hoy—, yo veo en las lecturas tres aspectos de la gracia divina: la gracia es el perdón de nuestros pecados, es el aspecto negativo, quita

<sup>3</sup> Cfr. Homilía de Juan Pablo II en la misa de beatificación del padre Francisco Coll y del padre Santiago Laval (29 de abril de 1979), *L'Osservatore Romano*, 6 de mayo de 1979.

<sup>4</sup> Léase: “En la lectura de hoy...”.

de la vida del hombre lo que lo separa de Dios; segundo, pero hay dos aspectos positivos: la gracia, en la palabra de Cristo hoy, es comunión con el amor mismo de Dios y es comunión con la verdad misma que Dios nos ha revelado. Todo esto es la gracia. ¿Y cuál es la relación entre esa gracia —perdón del pecado, comunión de amor con Dios y comunión de verdad con el Señor—, qué relación hay entre ese don pascual que llamamos la “gracia” y esta Iglesia que nosotros somos y vivimos? Pues es, precisamente, la Iglesia, signo y distribuidora de estos dones del Señor.

¿Qué es la gracia?

Pero tratemos de comprender qué es la gracia. Y yo quisiera, queridos hermanos, y a los queridos periodistas que están aquí con nosotros, decirles que, cuando lleven el mensaje de una de nuestras homilias, no se fijen solamente en la iluminación que este mensaje da a la triste realidad de nuestro pueblo, porque entonces sí aparece como un discurso político; que se fijen, ante todo, que lo principal de mi mensaje es la teología de la palabra de Dios; que lo que venimos a reflexionar nuestros domingos a la iglesia es la revelación en la palabra divina del Señor. Que esta mañana, la curiosidad que alguno ha traído, a ver qué dice el arzobispo acerca de las matanzas de la semana, no es eso lo principal; las vamos a iluminar, pero desde esta teología sublime de la trascendencia de la palabra de Dios. Por eso, aunque no hubiera descripciones de nuestras realidades, la palabra de Dios siempre será necesario reflexionarla y será como la base de nuestra vida cristiana.

Yo me fijo, por ejemplo, cuando pregunto hoy —no por un capricho de nadie, sino porque la palabra de Dios nos sugiere hablar de la gracia— qué es la gracia, casi como una palabra sintética de un gran contenido teológico; es decir, recoge, en esa palabra que la teología ha inventado, la gracia, recoge un conjunto de riquezas y valores que Cristo en su Evangelio ha ido regando, distribuyendo a manos llenas; que la labor de la teología es sistematizar esa palabra que Cristo distribuye sin ninguna preocupación de hacer teología, sino como un pastor bueno —como acaba de cantar el coro— que reparte y da a su rebaño el alimento que necesita.

Jn 15, 5-6

En el Evangelio de hoy, no ha aparecido la palabra “gracia” y, sin embargo, todo él es una definición de la gracia. Cuando Cristo compara: “Yo soy la vid y vosotros sois los sarmientos. El sarmiento lleva frutos si permanece unido a la vid; pero, si es cortado de la vid, ya no recibe la savia de la cepa y se marchita y muere y no sirve más que para ser echado al fuego”. ¿Qué es esto en el lenguaje de Cristo? Una definición bellísima de la gracia.

Jn 15, 1-6

He pasado por los campos de Europa precisamente hoy, cuando comienza la primavera. Y uno de los espectáculos más primorosos de la primavera que comienza es los viñedos que comienzan a retoñar. En Europa pasa el invierno frío como la muerte, ha dejado sin hojas la vegetación, entre ellos las vides; y los que cultivan las vides cortan toda la ramazón y dejan solamente la cepa, el tronquito; y esos tronquitos, esas cepas, están retoñando ahora. ¡Vieran qué gusto da ver como que la vida comienza en aquella muerte! Y esas ramitas, que ahora son tiernas, en mayo van creciendo y se van extendiendo y les ponen en qué apoyarse, porque luego comienzan a echar los racimos de uva; y allá por agosto, en lo que se distingue bien el calor del verano, comienzan a recoger los racimos de uvas. Entonces comprende uno la comparación de Cristo: “Yo soy la cepa, yo soy como el tronquito que está en la tierra sacando el jugo, la vid; las ramitas son ustedes; y si permanecen unidas a esta cepa, comenzarán a producir los grandes racimos. Y mi Padre es el agricultor, Él cortará esos racimos para que echen más, para que produzcan más. Permaneced, pues, unidos conmigo. Si no permanecéis unidos conmigo, moriréis. Sin mí, nada podéis hacer”.

Jn 15, 5c

No se trata del hacer natural. Hay muchos pecadores que están haciendo mucho. Todos los trabajos de la tierra se pueden hacer sin vivir en gracia de Dios. Y hasta puede darse el caso que un profesional, un artista, un artesano sea buen profesional, buen artista y no se preocupa de vivir en gracia de Dios; pero todo lo que está produciendo es como una cepa arrancada, no circula por allí la vida de la vid; no está unido a Cristo y puede producir muchos frutos en la tierra, grandes organizaciones, pero no produce para la vida eterna. Cuando Cristo dice, pues, “sin mí, nada podéis hacer”, se está refiriendo a ese quehacer que permanece para la vida eterna. Ese quehacer que, cuando se trata de un padre Coll o de los hombres que han sido beatificados o aunque no hayan sido beatificados... ¡Cuántas de nuestras gen-

tes, humildes mujercitas de nuestro campo, hombres honrados de nuestros pueblos, han vivido preocupados de permanecer unidos a Cristo! A la hora de la muerte son felices. Sus manos, llenas de racimos, obras buenas para la vida eterna que nadie se las puede quitar. ¿De qué sirve pasar la vida únicamente para hacer dinero, únicamente para estar bien y estar subiendo políticamente, si cuando menos se piensa se corta la vida y qué queda de todo lo que aquí en la tierra se ha trabajado? Solamente queda esa unión con Dios.

¿Qué es, pues, la gracia? En la palabra de hoy encuentro, en primer lugar, el perdón de los pecados. El gran milagro de la gracia lo primero que hace es convertir a un hombre que encontraba su placer, su gusto, en las cosas de la tierra, en los placeres del vicio de la carne, en la idolatría del dinero; no confiaba más que en la fuerza del poder político o en el dinero; pero llega un momento en que la verdad de Dios le descubre la vanidad de todas esas cosas y descubre la belleza de vivir unido a Cristo por la gracia, por el amor. Es cuando dice Jesucristo: “Vosotros —en el Evangelio de hoy—, vosotros estáis limpios por las palabras que os he hablado”. Quiere decir que el mensaje que se predica limpia del pecado. Si hay una alegría profunda para el que predica es oír que en el corazón del hombre ha cambiado el aspecto de su vida. Y le puede decir Cristo: “Ya estás limpio por las palabras que te he mandado decir”.

Jn 15, 3

Si yo predico, hermanos, no es buscando otra cosa más que la conversión. Si cuando denunciemos crímenes e injusticias, nosotros no buscamos venganzas, ni odios, sino que queremos la conversión del pecador. Cuántas veces, ya que son muchas las veces que hemos tenido que denunciar manos manchadas de sangre, no para pedir venganza contra ellas, sino para decirles: “¡Lávense en el arrepentimiento, conviértanse al Señor! Ya estáis limpios por las palabras que habéis oído”. ¡Dichoso el hombre que escucha la palabra con sinceridad de conversión! Y esto es la gracia: cuando el hombre siente que le han quitado de encima un peso enorme, el peso que le oprimía, el del pecado.

Y si lo queremos decir con palabras de la segunda lectura, nos ha mencionado hoy: “No amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad”. Y nos ha hablado de tranquilizar la conciencia, de guardar los mandamientos, de hacer lo que Dios quiere. Todo esto está en esta línea de la gracia de

1 Jn 3, 18

quitar al pecado del hombre. Todo esto está en la línea de convertir y de poner la felicidad del hombre, que no la puede encontrar en la tierra ni en los bienes transitorios, más que en el amor y en la unidad con Jesucristo, cepa de vida eterna.

Y es también, digo, comunión en el amor y en la verdad. Si Cristo no hubiera hecho otra cosa más que quitar del corazón del hombre la pesada lápida del pecado, ya era bastante bienhechor; pero Cristo ha hecho algo más. La gracia de la Pascua, la gracia de la redención es algo positivo; no solamente es quitar el pecado, sino que es darle algo nuevo que el hombre no tenía, y son dos cosas: el amor y la verdad. En la palabra de hoy, encontramos estos dos tesoros cuando Cristo habla: “Permaneced unidos conmigo. Permaneced en mi amor. Este es mi mandamiento”. “Este es su mandamiento —dice la segunda lectura— que amemos en el nombre de su Hijo Jesucristo y que nos amemos unos a otros, tal como nos lo mandó. Que creamos en el nombre de Jesucristo y nos amemos como el Señor nos mandó”.

Jn 15, 9  
1 Jn 3, 23

Aquí están los dos aspectos de la gracia. Como verdad, creer en lo que Cristo ha traído, creer en el nombre de Jesús. No es solamente el nombre Jesús; es todo el contenido de ese nombre. Es decir: “Ese Cristo es Dios que ha venido a la tierra”. Es aceptar su Evangelio. Es creer en todo lo que ÉL ha hecho y ha predicado. Esta es la verdad suprema, la que nos hace verdaderamente libres y la que pone la base del verdadero amor y que nos amemos unos a otros tal como nos lo mandó. No es un amor de romanticismo y de sentimentalismo. Es un amor de obras y de verdad. Es un amor que despoja del egoísmo para compartir con los otros la felicidad que se tiene. Es un amor que tiene el valor y la audacia de perdonar hasta la mano que te hiere para decir como Cristo: “Padre, perdónalos, no saben lo que hacen”. Es un amor que lleva a identificarse hasta con el más odioso. Es un amor que no divide, sino que une, que pone las bases de la verdadera paz.

Lc 23, 34

Esta es “la civilización del amor” que los obispos en Puebla anhelan para toda América Latina<sup>5</sup>. El amor no es débil. Muchos que han puesto su confianza en la violencia y en el odio y creen que así se va a componer la sociedad, están ignorando que la

<sup>5</sup> Cfr. *Mensaje a los pueblos de América Latina*, 8.



fuerza no es el odio ni la violencia, eso es debilidad. La fuerza es el amor y si no hemos visto una transformación por amor es porque no hemos ensayado de verdad la fuerza del amor. Quisiéramos verla realizada sin poner nosotros el contributo de ese amor auténtico.

Y cuando se habla también de libertad, la palabra es muy bonita y se ama mucho en nuestro tiempo; sin embargo, en la encíclica nueva de Juan Pablo II, quiere unir este concepto de la libertad, de los derechos del hombre, con el concepto de la verdad: “Jesucristo —dice el Papa— sale al encuentro del hombre de toda época, también de nuestra época, con las mismas palabras: ‘Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres’. Estas palabras encierran una exigencia fundamental y al mismo tiempo una advertencia: la exigencia de una relación honesta con respecto a la verdad, como condición de una auténtica libertad; y la advertencia, además, de que se evite cualquier libertad aparente, cualquier libertad superficial y unilateral, cualquier libertad que no profundiza en toda la verdad sobre el hombre y sobre el mundo. También hoy, después de dos mil años, Cristo se nos aparece como aquel que trae al hombre la libertad basada sobre la verdad, como aquel que libera al hombre de lo que limita, disminuye y casi destruye esta libertad en sus mismas raíces, en el alma del hombre, en su corazón, en su conciencia. ¡Qué confirmación tan estupenda de lo que han dado y no cesan de dar aquellos que, gracias a Cristo y en Cristo, han alcanzado la verdadera libertad y la han manifestado hasta en condiciones de constricción exterior!”. Entonces, el Papa menciona cómo Cristo, en el curso de tantos siglos, comenzando por los apóstoles, ha comparecido junto a hombres juzgados a causa de la verdad y ha ido a la muerte con hombres condenados a causa de la verdad. “¿Acaso cesa Él de ser continuamente portavoz y abogado del hombre que vive ‘en espíritu y en verdad’?”.

Sea esta una palabra de aliento, pues, para que en un ambiente de mentira, de distorsión, de falsificación, sepamos que por allí no se respira la libertad. La libertad tiene que ser esto que nos acaba de decir el Papa: el producto de la verdad. Y Cristo irá con el hombre de la verdad, aun cuando sea llevado a los tribunales y aun como cuando, frente a Poncio Pilato, le pregunta: “¿Qué es la verdad?”. Y Él dice: “Yo para eso he nacido,

RH 12

Jn 8, 32

RH 12

Jn 4, 23

Jn 18, 37-38

para dar testimonio de la verdad”. Cristo acompaña a todas las víctimas de la verdad. Por eso, la gracia es la verdad, comulgar con la verdad que el Señor nos ha revelado, comulgar sobre todo con el amor que Dios nos ha revelado en su Hijo Jesucristo. “Mirad —dice el Evangelio—, cómo ha amado Dios al mundo, que le ha dado a su propio Hijo, para que el mundo sea salvo por Él”. Y aquel Cristo, enviado por el Padre como testimonio del amor, nos dice todos los días y lo va a decir dentro de un momento en la misa: “Tomad y comed, esto es mi cuerpo, esta es mi sangre que se derrama por vosotros. Yo soy el que me entrego por la vida de mis hermanos y a la gloria de mi Padre”. ¡Esto es amor! Amor es darse. Amor es entregarse sin reservas. Amor es querer sin egoísmo. Amor es no explotar, sino servir. Amor es todo eso que nos enseña la religión. Comulgar con el amor que Dios tuvo al mundo enviándonos a su Hijo, esa es la gracia. Que nos amemos como Dios nos ha amado, este es el mandato nuevo de la ley cristiana y esta es la gracia. Por eso, cuando se trata de beatificar o canonizar a un hombre, es aquí donde se le examina su amor. El amor es la santidad y la medida de la santidad. Si un hombre sabe desprenderse de sí mismo y amar, es santo; si un hombre habla mucho de santidad pero no sabe amar, no es santo.

Miremos a la luz de esta verdad, en la que se nos examinará en la tarde de la vida, como dice el poeta San Juan de la Cruz: “En la tarde de la vida te examinarán sobre el amor”<sup>6</sup>, y si pasas este examen, te salvarás; y serás santo en la medida en que apruebes, ojalá que con una nota lujosa, con un buen diez de examen, pasar el examen del amor. Pero si no te encuentran válido en el amor, no entrarás en el reino de los cielos. El que odia, aunque sea luchando por reivindicaciones de la tierra, pero si odia, no está construyendo la verdadera libertad. El que hace violencias, porque cree más en la violencia que en el amor, no está construyendo la verdadera libertad; libertad de apariencia, como ha dicho el Papa, sino libertad fundada en la verdad y en el amor. Esta es la comunión con el Señor que nos invita Cristo cuando dice: “Permaneced unidos como la vid y los sarmientos”.

<sup>6</sup> La frase original es: “A la tarde te examinarán del amor, aprende a amar como Dios quiere ser amado”, que pertenece a su obra *Dichos de luz y amor*. Cfr. San Juan de la Cruz, *Obras Completas*, Madrid, 1988, p. 94.

## ¿Qué relación hay entre la Iglesia y la gracia?

Finalmente, hermanos, el pensamiento teológico de esta mañana: la Iglesia y la gracia. Y aquí quiero fijarme en la primera lectura. ¡Qué preciosa descripción del Pablo perseguidor y, por eso, todavía sospechoso en las comunidades de la Iglesia! Llega a Jerusalén y no le tienen confianza —dice el libro de los Hechos—, a pesar de que ya había hablado con Cristo, que ya había conversado del nombre del Señor con otros gentiles. Fue a Jerusalén para confrontar con Pedro y los apóstoles; y solo cuando ha confrontado su predicación y su doctrina con los pilares de la Iglesia, entonces ya lo admiten: es un predicador, ya pertenece a la jerarquía del cristianismo. Y desde allí, todavía sufre la persecución que tiene que sufrir el verdadero predicador. Unos filósofos griegos hasta trataron de eliminarlo. Esta es la suerte de todo aquel que va predicando el nombre de Jesús. Trataron de eliminarlo, complotaron contra él; pero, entonces, los cristianos lo mandaron para otra parte. Huir no es cobardía cuando se puede hacer el bien a otro lado. Y allá Pablo comienza a predicar la gran doctrina que lo ha hecho tan santo y tan famoso: la de la libertad en Cristo nuestro Señor.

Pero aquí tenemos dos cosas en la lectura de hoy: una conexión con lo jerárquico. Pablo, a pesar de que ya lleva en su corazón la vocación, ha visto a Cristo, les contó a los apóstoles cómo había platicado con el Cristo resucitado cuando lo derribó camino de Damasco. Sabe él que lo que va predicando es Cristo que le ha hablado a él; sin embargo, necesita una confrontación con aquellos que Cristo ha puesto para ser los guardianes de la revelación; y solo cuando esa vocación de Cristo se conecta con esta misión de los apóstoles, Pablo ya es un apóstol, ya es un obispo, ya es un predicador de la Iglesia cristiana. Esto necesitamos todos los que predicamos también: una vocación en la que sentimos el llamamiento de Cristo; pero no basta, sino una comprobación jerárquica que nos una al magisterio autorizado de la Iglesia.

Y esto lo acabo de vivir, por mi parte, con gran alegría cuando, el lunes de esta semana que acaba de pasar, el Santo Padre tuvo la bondad de recibirme en una audiencia privada. Ya lo había saludado el miércoles pasado cuando fuimos a la audiencia pública, que llena toda la plaza de San Pedro, y él invita a los

obispos para que suban a su tribuna, a su tarima, y desde allí impartir con él la bendición a todo el pueblo y después saluda uno a uno; y cuando le dije mi nombre y mi cargo aquí, en San Salvador, me dijo que esperaba poder platicar en privado. Y me valió mucho esa palabra para poder, luego, pedir la audiencia que el Papa mismo me había insinuado. Y el lunes, a mediodía, tuve la dicha de estar conversando con el Papa<sup>7</sup>, escuchar de sus labios mismos la consolación de decirme: “Ya comprendo que el ambiente en que usted tiene que llevar su pastoral es muy difícil, muy difícil”.

Y me dio, naturalmente, las orientaciones, los consejos que un jefe supremo de la Iglesia tiene que dar a un colaborador en una situación difícil también. Mucha prudencia, mucho cuidado; pero también la audacia. La denuncia, cuando se trata de casos muy graves, tiene que hacerse también. La Iglesia tiene que cumplir ese deber de estar acompañando al pobre, de ser voz de los que no tienen voz. Pero, precisamente, para no quemarse en esa misión, pues, el Papa tiene la prudencia de aconsejar también el cuidado de mantener siempre esa autoridad de la Iglesia. Y citó muchas veces, comparando con mi situación, su pastoral que él también tuvo que desarrollar —me dijo— en ambientes muy difíciles en Polonia, donde el Gobierno, pues, tampoco es un gran colaborador de la Iglesia, sino que la Iglesia tiene que ir también sorteando las dificultades para llevar el mensaje de Cristo a los corazones.

Habló mucho de ustedes, queridos hermanos. ¡Cómo el Papa trata de amar y de escuchar, a través de sus obispos, la voz de todo su pueblo! Un gesto que me quedó grabado para siempre es la atención con que Juan Pablo II escucha. Cuando terminaba su frase y yo comenzaba a hablar, él se ponía toda atención, hasta físicamente se inclinaba para escuchar, como para comprender. Y yo entiendo que él, que inesperadamente fue sacado del ambiente de Polonia para un cargo tan difícil como es ser pastor de todo el mundo, sin haber tenido antes experiencias de curias romanas, de trabajo universal, está ahora muy atento a

<sup>7</sup> Cfr. Audiencias pontificias, *L'Osservatore Romano*, 13 de mayo de 1979. En su diario pastoral, monseñor Romero ofrece más detalles de la audiencia con el papa Juan Pablo II. Cfr. *Monseñor Óscar Arnulfo Romero, su diario*, San Salvador, 2000, pp. 160-162.

escuchar los diversos horizontes del mundo para poder ser el pastor de todos.

En conjunto, pues, este momento en que la Biblia hoy nos ha dicho: “Pablo subiendo a Jerusalén y hablando con Pedro...”, se realizaba en mi pobre vida, también yendo a Roma y platicando con el nuevo Papa, debió ser lo mismo que sacaba San Pablo: “Tenemos que ir a sufrir, tenemos que ser mal interpretados, tenemos que enfrentarnos con audacia a situaciones muy difíciles; pero vamos unidos en esa comunión que nos conecta con aquel que ha sido puesto para ser la autenticidad de la doctrina que Cristo ha traído al mundo”.

Hch 9, 26

Pero hay otro polo, queridos hermanos, y quiero subrayar esto: son ustedes. ¡Qué bonito termina la primera lectura de hoy!: “En tanto, la Iglesia iba creciendo en fidelidad al Señor y se iba extendiendo más bajo la fuerza del Espíritu”. Y créanme, ahora cumpla el deber de decirles: me he sentido muy orgulloso de mi arquidiócesis cuando he recorrido mundos tan diversos, porque por todas partes se habla de nosotros y se quiere conocer la experiencia de nuestra Iglesia. Y en Europa, cuando estaba junto a la tumba del padre Claret, allá en Vich, cerca de Barcelona, me recordaba un padre claretiano que el padre Claret fue obispo en Santiago de Cuba y después pasó a España y allá murió; fundó la congregación de los claretianos; que él tenía esta frase: “América es la viña nueva, Europa es la viña vieja”; y que ponía toda su ilusión y su esperanza en esta América, donde luego llegaron sus misioneros.

Hch 9, 31

Y ahora que hablamos de la viña, de la vid y los sarmientos; y cuando nos dice el libro de los Hechos que la Iglesia del pueblo iba creciendo en fervor, en fidelidad al Señor, impulsada por la fuerza del Espíritu; yo creo, hermanos, que no hay el peligro, —o, si lo hay, cuidémonos— que el Papa trató de desenmascarar en su discurso de Puebla: “Mucho cuidado —dijo el Papa—, cuando se habla de la Iglesia del pueblo, porque la podemos convertir en una democracia”<sup>8</sup>; como que si el pueblo es el que dispone y los ministros, los sacerdotes, tenemos que hacer lo que el pueblo diga. ¡No es eso! Si fuera así, sería un mal sentido

<sup>8</sup> Cfr. Discurso de Juan Pablo II al inaugurar la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Puebla (28 de enero de 1979), *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 1979.

de Iglesia. Pero la Iglesia a la que me estoy refiriendo en la palabra de los Hechos de los apóstoles es la Iglesia que crece en la fidelidad al Señor y en el impulso del Espíritu Santo. Y esta es nuestra Iglesia: sacerdotes, religiosas, laicos, comunidades de pueblos y cantones que tratan de alimentar su meditación en la palabra del Señor; yo creo que están creciendo en fidelidad al Señor. Y por eso, les llamaría yo la atención, como el Papa lo hizo a los obispos en Puebla: que cuando hay un gran peligro de convertir la Iglesia en un grupo político, sí la echamos a perder; pero cuando la Iglesia mantiene su fidelidad al Señor y su impulso al Espíritu Santo y desde esa luz ilumina y participa en las realidades políticas, entonces es la Iglesia que necesita nuestro tiempo.

No es una Iglesia que, por mantenerse fiel al Señor y bajo el impulso del Espíritu, tenga que renunciar a las realidades de la tierra. Eso sería una desencarnación. Eso sí sería opio del pueblo. Eso sí sería una religiosidad alienante. Y, por desgracia, hay muchos que piensan todavía en una piedad así, sin compromiso. Pero sepamos equilibrar este pueblo. Sobre todo, este pueblo nuestro, tan angustiado, tan problematizado, tan necesitado de reivindicaciones justas, tiene que encontrar, en el fermento del Evangelio y de sus cristianos, la fuerza que lo transforme. Pero lo transformará el cristiano que se mete en política en la medida en que sea fiel al Señor y se mantenga bajo el impulso del Espíritu Santo. En su propia vocación, cada hombre tiene que ser un mensajero del Espíritu y del Señor para transformar la sociedad en que vive.

¡Esta es la Iglesia que yo sueño! ¡Esta es la arquidiócesis que yo le pido al Señor! Un pueblo que vaya creciendo en la fidelidad al Señor y que se deje llevar por el impulso del Espíritu Santo. La Iglesia no quiere ser una fuerza de oposición política. ¡Jamás! Jamás lo he dicho. Ni seré. La Iglesia no quiere ser un partido más de subversión. No lo será nunca. ¡No lo puede ser! Si la Iglesia subvierte, si la Iglesia inquieta, si la Iglesia es tildada de marxista, de política, de comunista, que eso quede solamente en el campo de la calumnia por parte de aquellos que no resisten que haya una Iglesia que, desde la fidelidad al Señor y desde el impulso del Espíritu, denuncia todas las injusticias que se cometen en cualquier sector de la humanidad.

Esta es la Iglesia que tenemos que construir, queridos hermanos. Y yo les invito todos los domingos a que construyamos esta verdadera Iglesia de fidelidad al Señor y de dejarse llevar por

el impulso del Espíritu Santo. Por eso digo que la Iglesia es ese pueblo de Dios que nos da también a los pastores la garantía de estar proclamando la verdadera fe que Cristo nos ha revelado. Y por eso, desde esta perspectiva de la Iglesia, miremos las perspectivas del mundo.

### Vida de la Iglesia

En primer lugar, esta comunidad que trata de ser fiel al Señor y con la cual es mi gran responsabilidad de pastor, yo la siento casi palpable esta mañana, en esta misa, en que la arquidiócesis se une a la alegría de las hermanas dominicas y de los padres dominicos; ya que el padre Coll vestía el hábito dominico, era un dominico, un hijo de Santo Domingo de Guzmán, y el espíritu de Santo Domingo lo irradió y lo heredó a esta comunidad de las dominicas de la Anunciata. Cuando ellos, los padres y las religiosas, bajo esta inspiración están haciendo tantas obras entre nosotros, toda la arquidiócesis se alegra, como se alegra con los diversos carismas de las diversas congregaciones, de las diversas parroquias y comunidades, ya que entre todos le damos la riqueza espiritual y verdadera de nuestra Iglesia.

Y a este propósito, también me alegro con una comunidad que cuenta con sacerdotes y religiosas que, según me han contado, han sido un modelo de participación en la angustia del pueblo, cuando se ofrecieron, el 8 de mayo, a ir a colaborar en el hospital y a limpiar y a vestir y a sepultar los muertos que quedaron en la catedral<sup>9</sup>. Yo me siento verdaderamente orgulloso de que haya en nuestra diócesis una comunidad donde religiosas de diversos sectores, de diversas congregaciones, al llamado de la necesidad en el mundo, dejan una reunión de pastoral y se van a servir. ¿En qué podemos servir al hermano, quien quiera que sea? Esta comunidad también siente que es suyo, también, el problema de todos los que la componemos.

<sup>9</sup> El día 8 de mayo de 1979, los cuerpos de seguridad reprimieron una manifestación del Bloque Popular Revolucionario frente a la catedral de San Salvador, que dejó un saldo de veintitrés muertos y setenta heridos, además de un número no precisado de capturados. *Cfr.* Boletín Informativo n.º 62 de la Secretaría de Comunicación del Arzobispado de San Salvador (9 de mayo de 1979), *Orientación*, 13 de mayo de 1979.

Pasado mañana es Día de las Enfermeras. Yo quiero anticipar una felicitación a ese gremio de la humanidad que comparte el sufrimiento de nuestros dolores e invitarlas —si alguna me escucha y hace llegar esta invitación a otras enfermeras y enfermeros y médicos y trabajadores de hospitales— mañana a las 4:00 de la tarde, en el Hospital de la Divina Providencia. Quiero adelantar este homenaje a las enfermeras. Las invito, pues, para que vayamos a reflexionar un poquito ante el médico divino, Jesucristo, en la misión de la enfermera en el mundo.

En esta iglesia del Rosario, nos sentimos también una comunidad bajo la protección de la Virgen María. Y quiero hacerme eco a la insistencia del Papa para que los católicos seamos muy devotos de la Santísima Virgen María y recemos, si es posible, con frecuencia el santo rosario. Y a propósito, hoy, día 13 de mayo, se celebra a la Virgen de Fátima. Y allá en Planes de Renderos, a las 4:00 de la tarde hoy, hay un espectáculo muy típico, muy bonito, nuestro: la procesión de las palmas y la misa en honor de la Virgen. Yo les invito, si tienen tiempo, de que vayan a Planes de Renderos y participen en esta peregrinación, no por turismo, sino por oración. Vayamos a orar a la Virgen por las necesidades de nuestra patria.

Esta comunidad también siente la venida litúrgica del Espíritu Santo. Dentro de quince días, dentro de tres semanas, mejor dicho, el 3 de junio, vamos a celebrar el día de Pentecostés; que nuestros sacerdotes, en la reunión última que tuvieron, han recordado que es el Día del Seminario; y que, por tanto, lo convertiremos en una plegaria por nuestras vocaciones y un llamamiento a apoyar la obra del seminario. También es el día del Espíritu Santo que viene a la Iglesia. Sería bueno para esa fecha, como el año pasado, preparar las confirmaciones de nuestros jóvenes. Yo invito a las diversas comunidades, que preparen jóvenes y que nos avisen para que, si es posible, en la misa del día de Pentecostés, podamos administrar el sacramento de la confirmación a muchos jóvenes de nuestra comunidad arquidiocesana, como lo vamos a hacer el sábado que viene en la parroquia de Colón, donde varios cantones van a unirse para recibir el sacramento de la confirmación.

Junto a la memoria del seminario, quiero recordar también, en esta comunidad de la arquidiócesis, a queridos sacerdotes que ya no están con nosotros, pero que su memoria vive en nuestro



cariño. Murió, como ustedes saben, trágicamente el padre Benito Alfaro —en los días que yo estuve ausente—, párroco de San Rafael, Chalatenango; hoy lo encomendaremos mucho en nuestra misa y me uno íntimamente al sufrimiento, a la orfandad de su familia. Iban cuatro niños con él en el vehículo que chocó, pero los niños, gracias a Dios, quedaron salvos. Se celebró también, ayer y antier, el aniversario segundo de la muerte trágica del padre Alfonso Navarro. Yo agradezco a quienes todavía le celebran con cariño su mensaje que trajo al mundo. Y recordamos también, con mucho cariño, al padre Segura, que murió el primero de mayo hace un año. El seminario, como es justo, se conmovió ante este recuerdo y celebró una preciosa misa de sufragio por él.

Me uno al dolor de tantos hogares de luto en estas circunstancias. Por tanto difunto pido oraciones. ¡Tantos acontecimientos que nos han traído amargura y sufrimiento! Entre estas familias de luto yo quiero recordar, por petición especial, a don Andrés Orellana Mejía, de Cancasque, en su aniversario de muerte y pedir para que todos nuestros difuntos también encuentren esa gloria de la alegría que Cristo promete.

Quiero ofrecerles, también, un nuevo servicio de comunicación social de nuestro arzobispado: un boletín semanal titulado *Noticias y comentarios*, cuyo objeto es llevar una verdad comprobada y depurada frente a tantas maneras de distorsionar la vida en nuestro país. Y a este propósito, quiero recomendarles que nos apoyen, nos ayuden en el sostenimiento entusiasta de nuestro periódico *Orientación*, que todas las semanas trata de ser un reflejo de la situación del país y del mensaje que la Iglesia quiere llevar a esa situación. Lo mismo, su apoyo para nuestra emisora *YSAX*, que ciertamente está cumpliendo una gran misión y, por eso, tiene que sufrir también la persecución como todo lo de la Iglesia.

Estamos llevando también un esfuerzo para divulgar las encíclicas y las homilias. Hay una oficina aquí, al lado poniente de la catedral, donde pueden adquirir estos folletos y que sean materia de reflexión en su vida cristiana.

Esta comunidad también se une a la comunidad de la diócesis de Santa Ana, donde han estado celebrando las bodas de plata de monseñor Benjamín Barrera y Reyes, obispo de Santa Ana, que cumple veinticinco años desde que el 5 de mayo de 1954 comenzó a pastorear como obispo aquella diócesis hermana.

## Hechos de la semana

Y terminando ya, hermanos, quiero decirles mi impresión al regresar. ¡Qué doloroso es peregrinar representando una diócesis enclavada en un país convulsionado! Pero, ¡cuánto bien se puede hacer como misioneros de esa diócesis para aclarar informaciones tergiversadas, para despertar insensibilidades, para promover la comunión de la oración y de la solidaridad con otras comunidades! Este ha sido mi peregrinar en estos días que he estado ausente de la diócesis. Pero al volver, el gran consuelo de encontrarse con su familia —la familia de la diócesis— es un consuelo que se torna participación en la angustia y en la tensión. He tratado de informarme y concebir un criterio justo y evangélico de lo que está pasando entre nosotros.

Según la realidad, pues, tenemos que lamentar hechos que todos ustedes ya conocen, pero que quisiera recordarlos brevemente como una densa semana vivida en estos días: la catedral y otras embajadas tomadas<sup>10</sup>, policías asesinados<sup>11</sup>, boicoteado el transporte, una cruel masacre en la que se disuelve a fuerza de balas una manifestación pacífica<sup>12</sup>, dejando un saldo muy elevado de muertos y heridos —este día se agregan otros cuatro que van a ser sepultados después de una misa que se ofrecerá por ellos en la basílica, a las 11:00 de la mañana—, un informe oficial de la Policía Nacional en que no reconoce su error, sino que culpa a los manifestantes de haber iniciado el tiroteo<sup>13</sup>, una promesa del presidente de hacer una minuciosa investigación sobre la masacre<sup>14</sup> y la amenaza de decretar estado de sitio<sup>15</sup>. ¿Qué pensar ante todos estos hechos? Ante todo, pregunto: ¿por qué hemos tenido que llegar a estas situaciones? ¿Las causas últimas?

<sup>10</sup> El 4 de mayo, miembros del Bloque Popular Revolucionario se tomaron las embajadas de Costa Rica y Francia, y la catedral de San Salvador; y el 11 de mayo, la embajada de Venezuela, para exigir la libertad de cinco de sus dirigentes, capturados en los últimos días de abril. *Cfr. La Prensa Gráfica*, 5 de mayo de 1979, y “Crónica del mes de mayo, 1979”, *ECA* 368 (1979), pp. 450-452.

<sup>11</sup> Desde el 4 hasta el 11 de mayo, fueron asesinados cuatro agentes de la Policía Nacional. *Cfr. La Prensa Gráfica*, 5, 7 y 11 de mayo de 1979.

<sup>12</sup> *Cfr. Orientación*, 13 de mayo de 1979.

<sup>13</sup> *Cfr. La Prensa Gráfica*, 9 de mayo de 1979.

<sup>14</sup> *Cfr. La Prensa Gráfica*, 13 de mayo de 1979.

<sup>15</sup> *Cfr. La Prensa Gráfica*, 11 de mayo de 1979.

Yo quiero solidarizarme con un pronunciamiento muy prudente y sabio que ha sido escrito por el Consejo Superior Universitario de El Salvador, donde dice: “Es un hecho de aceptación general, tanto nacional como internacionalmente, que la crisis que conmueve periódicamente a la sociedad salvadoreña encuentra explicación, en último término, en la naturaleza altamente desigualitaria en que los diferentes sectores participan en los procesos de producción y distribución del ingreso del país. No puede ignorarse que, en los últimos años, la producción se ha incrementado apreciablemente; pero tampoco se puede negar que la expansión económica no ha generado un proceso paralelo de democratización social, en cuanto a la participación en el goce de sus frutos por los sectores mayoritarios de la población.

Por otra parte, estos sectores no solo son marginados por las formas prevalecientes de organización social de la producción, sino que reciben las consecuencias de la crisis económica que, desde mediados de los años sesenta, perdura hasta hoy.

Al mismo tiempo, se ha venido desarrollando y consolidando una tendencia hacia las formas autoritarias de conducción de la sociedad, negando en la misma medida las formas orgánicas de expresión de los intereses de todos los sectores, y conduciendo, por ello, a una crisis de representatividad y legitimidad del poder político y del Estado de derecho mismo.

Al negarse a los sectores populares, dentro de este marco general, las posibilidades efectivas de participación orgánica en el goce de los frutos del proceso productivo, los conflictos se presentan con mayor frecuencia y con más intensidad, obligando a dichos sectores a buscar métodos alternativos, como mecanismos de presión social, tratando con ello de que sus intereses sean atendidos y generando con ello reacciones y respuestas cada vez más autoritarias y represivas de parte de los sectores que controlan el poder político.

Este proceso irracional no hace sino abonar el terreno para que los conflictos sociales y políticos tiendan a dirimirse con un método inconsecuente, que la Universidad de El Salvador definitivamente rechaza, y que es la violencia”<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> El Consejo Superior Universitario de la Universidad de El Salvador ante la crisis política y social que vive la nación (9 de mayo de 1979), *La Prensa Gráfica*, 12 de mayo de 1979.

A continuación, hace una comparación entre lo que pasó en la universidad, cómo los caminos de la represión no son conducentes y que la reivindicación, pues, de un orden más racional se hace imperativo urgente. La Iglesia está muy de acuerdo en ese pronunciamiento y cree que allí está la causa última de esta situación.

La causa próxima, como todos han conocido, es la captura ilegal de cinco líderes del Bloque Popular Revolucionario. Ya dos de ellos fueron liberados, pero no se dice nada de los otros tres, quienes consta que fueron capturados por los cuerpos de seguridad y no han sido consignados a los tribunales<sup>17</sup>.

La única forma razonable y justa para resolver este conflicto, que actualmente aflige al país, no es reprimiendo ni amenazando con estado de sitio, sino respondiendo a las demandas justas que se están haciendo. ¿Qué se han hecho los tres líderes que aún no han sido liberados? No es solo el Bloque Popular Revolucionario quien hace esta pregunta, es todo hombre de buena voluntad en El Salvador que pide al Gobierno el respeto de la ley y de la libertad de sus hermanos\*. Quisiera agregar también —muchas gracias por esa aprobación— que no son estos tres los únicos que están desaparecidos\*, que solo a partir del 22 de febrero —prescindamos de lo anterior—, desde el 22 de febrero hasta el 8 de mayo, tenemos la lista de trece nombres capturados y desaparecidos, que, aunados a los anteriores, suman ya, por lo menos, ciento veintisiete desaparecidos<sup>18</sup>. ¡Son nuestros hermanos y queremos saber dónde están!\*

Se ha prometido que se hará una investigación exhaustiva. ¡Cómo nos gustaría! Es lo justo. Pero tenemos un temor: si una investigación va a correr la misma suerte de la que el 14 de septiembre se pidió a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos para que observase e investigase las situaciones de los derechos humanos en el país, no hay mucho que esperar. Ciertamente es lo justo, pero con el fin de aceptar responsabilidades,

<sup>17</sup> Ricardo Mena y Facundo Guardado, secretario general del Bloque Popular Revolucionario, fueron puestos en libertad el 10 y el 11 de mayo, respectivamente. Sin embargo, los cuerpos de seguridad negaron haber capturado a Numa Alberto Escobar Martínez, Óscar López y Marciano Meléndez. Cfr. *La Prensa Gráfica*, 11 y 12 de mayo de 1979.

<sup>18</sup> Cfr. "Informe sobre los desaparecidos", *Orientación*, 20 de mayo de 1979.

de sancionar a los culpables y de enmendar errores. Para mí, esto es lo más grave: que se cometen errores y no se reconocen. Todos tenemos que reconocer nuestros errores y no distorsionar la verdad para una aparente salvación del honor.

Por otra parte, yo quiero decir también con franqueza, es mi deber repudiar las fuerzas de la violencia y los atropellos a la libertad de acción como en la quema de vehículos, el ametrallamiento de residencias, ocupaciones de oficinas o de locales destinados al pueblo. Hay un principio de moral incommovible que proclama: “No hay que hacer el mal, aunque sea para lograr bienes”. En mi carta pastoral sobre la violencia, recuerdo una serie de detalles morales que no deben olvidar los que dirigen estas estrategias de presión, bajo pena de estar cometiendo ellos mismos lo que dicen condenar<sup>19</sup>. Mayor razón, entonces, para que los encargados de promover el bien común conjuren a tiempo y prevengan, con leyes justas y actuaciones honestas e imparciales, la necesidad de llegar a estos excesos que tenemos que lamentar con vergüenza.

Me permito también hacer un atento llamamiento a los países amigos, cuyas embajadas se han visto afectadas por esta situación, a que interpongan la fuerza de sus relaciones diplomáticas para obtener, dentro de nuestro país, una situación menos inhumana. La franqueza de un senador en los Estados Unidos creo que es un ejemplo reciente que es digno de imitarse, cuando se tiene verdadera solidaridad internacional\*.

Y vamos a terminar después de esta perspectiva de nuestra historia concreta que, vuelvo a repetir, no es el objeto central de mi predicación, sino el objetivo necesario que iluminar con la luz de mi predicación. Recordemos que el centro de nuestra predicación y de nuestra reflexión esta mañana ha sido la hermosa frase de Cristo: “Yo soy la vid, vosotros sois los sarmientos. Permaneced unidos conmigo”. Solo esto nos puede dar la verdadera dignidad y la verdadera libertad. No nos dejemos ilusionar por apariencias de libertad. Busquemos la libertad en la verdad y la verdad está solamente donde está Cristo: “Yo soy la verdad”.

Jn 15, 5

Jn 14, 6

<sup>19</sup> Cfr. *La Iglesia y las organizaciones políticas populares* (6 de agosto de 1978), pp. 46-51.

El Cristo que nos ofrece este gran don de la Pascua, el don de su gracia, la participación de su vida y de su verdad, nos está esperando en el altar. Y esta vez para recibir con agasajo de agradecimiento a las hermanas dominicas de la Anunciata; a los padres dominicos ofreciendo un hermano, flor de santidad, para el cielo; y a toda la comunidad de la diócesis de la que yo quisiera decir la hermosa frase de la primera lectura de hoy: “La Iglesia iba creciendo en fidelidad al Señor y se movía impulsada por el Espíritu de Dios”. Así sea\*.

Hch 9, 31